

Hacinada, la multitud aguarda bajo un cielo azul resplandeciente. Luce un sol como solo lo hay en invierno. Las campanas de la catedral repican.

En una esquina de la plaza Domplein, el juez y sus ayudantes se han sentado en sus bancos de madera. Los habitantes de Würzburg chismorrean. Estiran sus cuellos. Esperan a que se ejecute a la bruja.

La bruja que devoraba niños y bebía su sangre. Donde quiera que apareciera la leche se cortaba, las cosechas se agostaban, los hombres y los animales enfermaban. Las pruebas son abrumadoras y la suerte de la bruja está echada. Hoy, en este día de noviembre del año 1630, Würzburg ha decidido deshacerse de esta mujer diabólica condenándola a la hoguera, la única manera de extirpar el mal de raíz.

La plaza ha sido cercada con tablas y un guardia implacable se ocupa de separar a los jueces del resto de los ciudadanos. A la espera de la ejecución, y para entrar en calor, los soldados no dejan de moverse.

El traqueteo de un carro sobre el adoquinado provoca el murmullo de la muchedumbre. Expectante, la gente gira la cabeza al unísono hacia el lugar de donde viene el ruido. Sobre el carro que cruje, la condenada es conducida a la plaza. Es una mujer de mediana edad. Se inclina ligeramente hacia adelante y con cada bache se encoge de dolor. La multitud enmudece. Paralizada, conteniendo el aliento, la gente ve cómo el juez se incorpora y lee la sentencia. De un golpe seco, el juez rompe su bastón frente a la condenada. El público, boquiabierto, observa a la mujer con atención. Lo que ve la gente es una cara pálida, agotada, medio escondida tras un mechón de pelo enredado. Las greñas desordenadas, manchadas de sangre seca. Tiene quemaduras en el cuello y su brazo izquierdo cuelga inerte junto a su cuerpo. Su mirada está perdida, como si todo lo que está sucediendo no fuera con ella.

Bruscamente, la mujer es arrancada del carro y arrastrada sobre los adoquines camino de la pira. El coro empieza a cantar salmos devotos. Poco después, la conducen hasta el haz de leña y la atan a un palo. Colgada de las cuerdas, la mujer mira impotente hacia sus pies. El haz prende en varios sitios a la vez y, rápidamente, las llamas encuentran su camino a través de la madera seca. Cuando la primera llama la alcanza, esta asciende rápidamente por su camisa impregnada de sulfuro. Al poco tiempo, la parte inferior de su cuerpo está envuelto en llamas. El fuego se extiende hasta que la mujer arde como una antorcha.

En un vano intento por ahogar los gritos de la mujer, el coro canta cada vez más alto. Muchas personas bajan la mirada y sus labios musitan una oración. Nadie se va hasta que no quedan más que unos restos carbonizados.

La gente se dispersa lentamente. Los soldados empiezan a desmontar los bancos de madera del juez y de sus ayudantes y la valla. En el centro de la plaza de la catedral solo queda un montón desolador de ramas quemadas. Una ráfaga de viento levanta las cenizas y las dispersa por la plaza. La bruja ha muerto.

Empieza a nevar suavemente. Nina Bauer levanta su cesta del suelo e intenta no mirar las cenizas que han quedado en la plaza. Se pregunta qué la ha impulsado a presenciar la ejecución. No lo soporta y, sin embargo, la escena la atrae: el ritual, el fuego, los cánticos del coro...

Nina se estremece. Cada vez que presencia la ejecución de una bruja, algo brota en su memoria, algún recuerdo remoto que trata de ahogar inútilmente. Además, a menudo tiene sueños angustiosos.

Nina se tranquiliza y camina por la calle de la catedral hacia la panadería de sus tíos. Como de costumbre, entra por la puerta de atrás. Solo está su tía Hanna, el tío Thomas está trabajando en la tahona. Allí dentro hace calor, sobre todo comparado con el frío de fuera. En el hogar hay encendido un buen fuego y el gato ronronea sobre un taburete. Del perol colgado en la chimenea emana un sabroso olor a hierbas, cebollas y zanahorias. La tía Hanna está muy atareada y no para de moverse.

Nina deposita la cesta de la compra en el suelo y da un mordisco a una manzana.

-Han quemado a una bruja en la plaza de la catedral -comenta.

Sin decir palabra, la tía Hanna echa un chorro de leche en un cuenco. Solo quiere saber si Nina se ha acordado de traer huevos.

La muchacha afirma con la cabeza y saca los huevos de la cesta. Luego pregunta:

-¿Por qué queman a las brujas?

-¿Por qué? Pues, a ver -contesta la tía Hanna algo nerviosa-. Pues, simplemente, porque es la mejor manera de exorcizar al demonio.

-¿Y no podrían ahorcarlas o ahogarlas?

-No, no, pues Satanás escaparía por la boca de la bruja al exhalar el último suspiro. No, el fuego es la única manera. Al menos eso es lo que dice el cura, y él sabe de lo que habla -le tiemblan las manos mientras rompe los huevos-. Anda, vete a ayudar a tu tío en la panadería -y empuja suavemente a su sobrina hacia el portal donde están la tienda y la tahona de su tío Thomas-. ¿Es que no sabes hacer nada mejor que decir tonterías acerca del diablo y del fuego? ¿No se te ocurre nada más agradable?

Nina obedece y entra en la panadería. Justo en ese momento el tío Thomas saca unos panes del horno. Fascinada, Nina contempla el fuego. Acerca su cara todo lo que puede, pero rápidamente se echa hacia atrás por el calor.

El tío Thomas no parece muy ocupado. Se limpia las manos en el delantal y se pone el gorro de panadero. Contento, pregunta a su sobrina:

-Hola, ¿qué me cuentas?

-Pues que me han contado una historia muy extraña acerca del señor Aschen -dice Nina.

-Berthold Aschen, ¿ese no es el maestro? -pregunta su tío.

-Sí, y está locamente enamorado de Hilda, la hija del notario. Da la casualidad de que ella es la hermana mayor de uno de sus alumnos -le cuenta Nina-. El señor Aschen le pidió al chico que cortara un mechón de pelo de su hermana pues había leído que existía un filtro de amor para el que se necesitaba, entre otras cosas, un mechón de cabello de la persona amada. Sin embargo, ella no quería cortarse el

pelo y él no fue capaz de hacerse con el mechón sin que ella se diera cuenta. Así que el chico pensó: 'Bueno, cortaré un trocito de pelo de perro', y así lo hizo. El señor Aschen preparó su filtro de amor, pero al día siguiente no fue su amada quien le siguió sino que le persiguieron todos los perros de Würzburg.

-¿Y a ti quién te cuenta esas tonterías? -pregunta el tío riéndose.

-Se lo ha dicho la pescadera a una clienta -Nina también se ríe-. Pero también ha dicho que era verdad.

-No me lo creo -afirma jocoso el tío Thomas-. ¡Imagínate, filtros de amor! ¡Si así fuera, hasta Barbel Schaffner habría encontrado marido! ¡Y es tan fea que cualquier hombre sale pitando con solo ver su nariz asomar por la puerta!

Nina hace una mueca de compasión.

-A mí Barbel me da pena -dice-. No se encuentra bien.

-¿No? ¿Qué le pasa?

-Pues no lo sé. Pero llora muy a menudo -contesta Nina.

El tío Thomas mira fijamente a su sobrina. A veces dice cosas muy extrañas.

-¿Quieres una rosquilla? -pregunta, sin prestar atención a la conversación

Saboreando el dulce, el tío Thomas se ata el delantal, abre la marquesina de la tienda y pone el pan al vista. A continuación sale a la calle y toca su trompetilla en señal de que hay pan recién horneado.